

Quiero Vivir en una Fotografía

Emiliano Mayén Castillo

“Cosa terrible es la fotografía
Pensar que en estos objetos cuadrangulares
yace un instante de 1959
Rostros que ya no son
Aire que ya no existe...”

Contra la Kodak,
José Emilio Pacheco.

Sus cuerpos oscilaban con somnolencia a unos centímetros del suelo, su silueta era la de las hojas que se entregan al viento, a lo lejos el mar deglutía sin prisa al atardecer y las gaviotas en el horizonte se asemejaban a un bosquejo hecho de grafito. A pesar del calor, mantenían sus cuerpos juntos en el vaivén de la hamaca. –Quiero vivir en una fotografía– dijo mientras acoplaba sus caderas a él y rompía la quietud del tiempo.

– ¿Y qué clase de fotografía serías? – Preguntaba mientras le ensortijaba el pelo y los cangrejos asomaban sus ojos desde sus cavernas arenosas.

– Me gustaría ser la Adelita de los Casasola y mirar desde el vagón con incredulidad todo el pasado del país, preguntarme ¿Cómo es que llegamos hasta aquí y quién lo permitió? Y saber que el porvenir estará seguro y palpable en la siguiente estación. Quisiera ser el niño soldado, para llenar de pólvora el vientre de los cañones y con mis párvulas manos robarme el “parque” del enemigo.

Quisiera ser los ojos de *Modotti*, para posarlos en el obturador de la cámara y capturar pedazos de mi vida. O ser la mejor sesión al desnudo que fotografió *Weston*, ser ese rollo que dejó velar y ya nunca jamás pudo revelar al mundo. Un Juan Rulfo, con la pipa pendiendo de la boca, contemplando las lagunas del Nevado de Toluca. Si pudiese escoger, me gustaría ser esa jovencita que mira absorta el ensueño de la vida desde la baranda de una vecindad o si fuera más osada, sería la buena fama durmiendo desnuda en la azotea de Manuel Álvarez Bravo.

No te rías, sé que no todo puede ser una escena parsimoniosa y bella, sé que a este mundo le gusta lo grotesco y que de todas las filias, la necrófila es la que más enardece el alma de las masas. Por ello, podría ser cualquier foto de Enrique Metinides, ser la suicida de la Torre Latino o la mujer que llora a un costado del cuerpo de su novio asesinado en Chapultepec. Y si pudiera, me gustaría inmortalizarnos a ambos, que tu fueras ese hombre que solloza y abraza el cuerpo inerte de una joven en el interior de una ambulancia. Aunque la verdad, si he de vivir por siempre en una fotografía, quisiese algo discreto, tal vez elegante pero no pretencioso, como esa foto de Nacho López de una mujer partiendo plaza por avenida Madero.

–¿Por qué una fotografía? ¿Por qué no otra cosa? Si yo pudiese, viviría en tu cuerpo, podría ser esa gota salada de sudor que te recorre la espalda o el alcohol que se evapora en tus labios. – dijo acariciando sus pechos, mientras la palmera les tatuaba sombras sobre el cuerpo.

Ella lo miró a la cara y dijo: – Quiero vivir en una fotografía, así sería siempre yo, siempre ahora, sin tener que preocuparme por el devenir. Que mi existencia dependa del capricho de quien me mira, que esos ojos me creen un pasado, un nombre, una historia. Quiero plasmar la silueta de mi cuerpo en celulosa, ser esa imagen que mira un soldado antes de morir, ser la foto que habita en la esquina del buró de una casona abandonada, o aquella imagen que suspira polvo junto con muchas otras en algún almanaque. Quiero ser ese papel gastado que guardas en el pecho, que miras antes de ir a dormir. Así podría ver desde el otro lado, ver otra vida y dejar que mi destino sea indisoluble a la circunstancia de mi portador.

Él se levantó, su peso lo hizo hundirse en la arena como recordándole que abandonaba el idilio, aun así, consciente de ese voluntario exilio caminó para tomar su cámara Argus que estaba colgada en un pilote de madera. El diafragma se abrió como lo hacen las pupilas de un gato ante su presa, enfocó el objetivo y disparó, con la maestría y serenidad de un consumado asesino a sueldo, en unos instantes el trabajo estaba hecho y al igual que la muerte era irrevocable.

Ella, la había encontrado en el fondo del cajón, que él celosamente ponía bajo llave todos los días. Se trataba de una fotografía en blanco y negro, desgastada no por el tiempo sino por las constantes miradas de su marido.

En el fondo se apreciaba una puesta de sol, que hacia destellar los bordes irregulares de las olas y en el centro de la fotografía, posaba una mujer esbelta, plenamente desnuda sobre una hamaca. Su mirada se dirigía al atardecer y dejaba ver un perfil fino, un cutis suave, unas cejas peinadas como el viento peina al trigo, y sus labios, unos labios bondadosos, dulces y tersos. Su pelo caía como un torrente para romperse en pequeños arroyos azabaches que cubrían unos pechos pequeños, mientras que el tejido de la hamaca envolvía sus muslos como si fuesen su vestido.

Ese día, ella hizo sus maletas no sin antes aventar los pantalones y corbatas desde lo alto del balcón, también lanzó esa vieja cámara que guardaba en el estudio y que hace años no usaba. Todo esto frente a los ojos morbosos de vecinos que se asomaban para especular el desenlace de la pareja del departamento 18.

No es que en el cajón encontrara una correspondencia amorosa o más fotos de esa misteriosa mujer, no había un número o más rastros que incriminaran a su marido de una infidelidad. Él jamás había llegado con bilé en la solapa, ni había hecho algún sospechoso viaje de negocios, nunca la había golpeado o comparado con alguien del pasado, sin embargo, pasaba largas horas en su estudio contemplando la imagen que celosamente resguardaba en aquel cajón.

Ariadna, sabía que esa foto implicaba el pasado de él, en esa imagen habitaba todo el amor, dolor y nostalgia del hombre al que obstinadamente había amado durante años. Odiaba, no el hecho de que esa mujer existió o existiera, sino de que ella misma no era parte de la fotografía y que todos esos años junto a él no habían podido hacer una mella a comparación de aquella imagen. Al abandonar el departamento, a la mente de Ariadna la invadía un vergonzoso y oscuro deseo: ella quería ser esa fotografía.